

# La epopeya de la clausura

## Introducción a Diderot, II

Christopher Domínguez Michael

En 1747, nos dice su biógrafo Arthur M. Wilson, Diderot vivía con Anne-Toinette, la mujer con la que se había escapado para casarse sin el consentimiento de su padre, en la rue Mouffetard, reafirmado en su amor por París, “por esa gran ciudad”, gracias a la cual, “grande y sobre todo incomparable en variedad, soy francés”.

Estaba escribiendo sus *Pensamientos filosóficos*, a mitad de camino entre la idea de un universo deísta, dominado por el Dios relojero elucubrado por Voltaire, y el ateísmo puro y duro, cuando la policía, que lo seguía desde hace tiempo, le confiscó algunos de sus manuscritos subversivos. Pero él no parecía muy preocupado por ello. Metido por propia y necia elección en un mal matrimonio, cultivaba a sus primeras amantes y se reunía frecuentemente con Rousseau, quien entonces era musicólogo, el matemático D’Alembert y el psicólogo Condillac. Lo esencial, en ese momento de su vida, empero, no son la filosofía, ni las mujeres, ni los amigos *philosophes* (la palabra, antes de consagrar a los portadores de un nuevo espíritu, era más bien insultante y peyorativa), sino hacer dinero.

Pocos años atrás había llegado la oportunidad de su vida. Él y sus amigos no la dejaron pasar, poniéndose al frente de la Ilustración. Aquello, como tantas cosas, resultó de una ocurrencia menuda, la de traducir del inglés un diccionario de artes y ciencias, el de Ephraim Chambers, aparecido en 1728. De allí nació el proyecto de hacer una gran enciclopedia, escrita por aquel grupo de amigos, cuya primera edición, completada hasta 1780, consta de 35 tomos y dos mil láminas. Cuesta 75 mil dólares actualmente buscándola en los portales de los libros antiguos y usados en Internet.

Para llevar a cabo el proyecto, se abandonó rápidamente la idea de hacer esa traducción del inglés y se requirió del genio no solo filosófico sino empresarial de Diderot que, según Wilson (*Diderot*, 1972), inició la aventura guiado más por la búsqueda de las ganancias que hicieran más llevadera su vida que por las razones ideológicas, las de derramar las Luces sobre el Antiguo Régimen, que se desprenden del prospecto de su proyecto, publicado en 1745. Previos líos legales entre quienes se disputaban ante los procuradores y los cancilleres los derechos de traducción sobre el diccionario de Chambers, el negocio quedó en manos del abate Gua de Malves y este contrató a Diderot y a D’Alambert para realizarlo, quienes, no se sabe bien cómo, se adueñaron del proyecto. Quedaron así en condiciones privilegiadas de seguridad económica durante los siguientes cuarenta meses para escribir el primer tomo y no fue así hasta mediados de los años setenta cuando dejó el proyecto de su vida, quejándose de lo mal pagado que estuvo durante esas décadas.

Su biógrafo difiere: la *Enciclopedia* fue más que un empleo para Diderot. Sin el orden empresarial que implicaba su hechura, la naturaleza, de suyo desordenada del filósofo, no se habría sofrenado. A aquel negocio, causante de sus penas y prisiones, lo mismo que del dolor de cabeza implicado en la recurrente negociación para renovar el privilegio real requerido para su impresión, Diderot le deberá su asombrosa y feliz fecundidad.

La *Enciclopedia* de Diderot nació con una hermana bastarda, *Los dijes indiscretos* (*Les Bijoux indiscrets*, 1747), novela libertina de la cual se culpa a Madame de Puisieux, amante del escritor que le habría exigido dinero fácil y rápido. Obsequiela Diderot

con esa imitación de Crébillon donde Mangogul (Luis XV) y Mirzoza (Madame de Pompadour) se transparentan en soberanos del reino del Congo a quienes se les ofrece un prodigioso anillo que cuando enfoca a una mujer hace hablar con franqueza a la parte escogida de su anatomía. Era la clase de libro salaz muy capaz de hacer perder su reputación a cualquiera, pero, no teniendo todavía mucho que perder, Diderot se arriesgó. La novela es defectuosa y su autor lo admitió despreocupado y quizás habría estado de acuerdo con la condena de Carlyle, registrándolo como el autor de “la más sucia y aburrida de todas las novelas pasadas, presentes y futuras”.

Pero la posteridad ha sido, predeciblemente, generosa: se advierte el ingenio crítico diderotiano cuando parodia a la corte, pero más aun cuando hace crítica de teatro (muy complacido quedó Lessing, uno de los valedores de *Los dijes indiscretos*), al competir con Swift y su *Batalla entre los libros antiguos y modernos*. Se le atribuyen virtudes epistemológicas al comparar la ignorancia con la sabiduría, y su contrapunto entre Rameau y Lully es una de las páginas ineludibles para comprender la música dieciochesca. A André Gide le fascinaba y *Los dijes indiscretos* le dice mucho a los historiadores de la sexualidad, lo cual es prueba y contraprueba del carácter enciclopédico de su autor. Los diálogos entre Mangogul y Mirzoza, en mi opinión, no tienen desperdicio: expresan esa pureza en la confianza propia de las parejas después de hacer el amor.

¿Se habría sorprendido Diderot de todas las virtudes halladas por la posteridad en esa novelita que escribió con intenciones más bien venales? No lo sé porque todo Diderot, en agraz, está en *Los dijes indis-*

*cretos* (1747), novela donde el escritor está aprendiendo a ser y a estar. Formulada, más que escrito, el libro es una sucesión de cuadros estáticos, muchos de ellos divertidísimos. Saintsbury, el crítico victoriano, se compadecía del lector que se atreviese a hacerla de pepenador en esa novela tristísima. Diderot, quien siempre tiene una respuesta que ofrecerle a la gente del futuro, dice en el capítulo de *Los dijes indiscretos*, donde se adelanta a Freud en la disección del carácter histérico, que no son los libros indecentes los que maleducan a un pueblo. Es la barbarie de las personas la que obliga a sus escritores a consignarla. Que la *Enciclopedia*, a su manera, el libro que salva y justifica a los modernos, haya sido concebida junto a una novela libertina, lo dice casi todo de Diderot.

A primera hora de la mañana del 24 de julio de 1749, dos oficiales de policía allanaron el departamento donde vivía Diderot en busca de panfletos subversivos y se lo llevaron, tras un par de días en los cuales se afinó la acusación, preso al castillo de Vincennes, la prisión más temida durante el Antiguo Régimen. Lo encerraron en una de las celdas mejor ventiladas y su biógrafo Wilson supone que aquel otoño no fue del todo desagradable para Diderot, quien lo habrá dedicado para meditar, estando preso en condiciones benévolas. Se trataba más de una advertencia que de un castigo para interrumpir la edición de la *Enciclopedia*, de ponerle un límite claro a las otras actividades de Diderot como autor de libelos pornográficos y filosóficos como *Los dijes indiscretos*, *La carta sobre los ciegos*, los *Pensamientos filosóficos*, *El paseo del escéptico*, entre otros que se le atribuían a él y a sus amigos. Madame Diderot fue a pedir clemencia y le dijeron que bastaba la confesión del joven *philosophe* sobre quiénes eran los autores de esos libelos, para que se liberara a quien en los interrogatorios negó ser su autor.

Solo hasta la prisión de Diderot se pudo calibrar su importancia como el verdadero artífice de la *Enciclopedia*, si nos atenemos al multitudinario ruego de los libreros, suplicando su liberación pues, de lo contrario, ocurrido el arresto, adrede en las vísperas de la publicación, quedarían arruinados.

Pronto, Diderot decidió pactar. Quien lo había puesto en prisión y esperaba beneficiarse con largueza de su situación era el conde de Argenson, quien a cambio de liberarlo le habría pedido le dedicase la edición y confesase a la policía que él era en efecto el autor de los libelos, de los cuales debía decirse arrepentido. El 21 de agosto, la confesión tuvo su primer efecto y Diderot pudo salir del *donjon*, la torre principal de Vincennes donde estaba recluido y tomar aire fresco. Hay muchas anécdotas, algunas picantes, sobre la estancia de Diderot en Vincennes, como la desagradable visita de una de sus amantes o los artilugios de los que se servía el futuro autor de *Jacques el fatalista* para escribir preso, con un mondadientes de pluma y una combinación de vino y gis como tinta. Otra historia, la más dramática del Siglo de las Luces, según Wilson, atañe a Rousseau, quien caminando de París a Vincennes para visitar muy compungido a su entonces amigo, se da cuenta de que es el Progreso la causa de todas nuestras desgracias. Pero esa, como todo lo referido a Jean-Jacques, es otra historia.

Lo cierto es que aquella advertencia moderó a Diderot, puso a la *Enciclopedia* y a los libreros que la vendían bajo aviso de que era el Estado, a través del conde de Argenson, el que la controlaría: despotismo ilustrado. No queda claro si Diderot obtuvo de su díscolo y contrariado padre algo de dinero para acelerar su liberación.

Desde entonces, dada la real o supuesta turbiedad del acuerdo entre Diderot y el conde de Argenson, la *Enciclopedia* fue vista, por los ultras católicos del siglo XIX, al menos, no como una iniciativa ateísta o casi de un grupo de enemigos del cristianismo a los cuales un régimen corrompido y omiso les permitió actuar, sino como la obra entera, fabricada de consuno, por un siglo irreligioso. Para adentrarme en ese espíritu, dejé el *Diderot* de Wilson y releí *Contre Diderot* (1880), de Barbey d'Aureville, que me decepcionó. No encontré en él la sabiduría venenosa de otros reaccionarios, antimodernos o contrailustrados como Joseph de Maistre o Léon Bloy. Tenía yo a Barbey por mejor crítico literario aunque su inquina contra Diderot delate, naturalmente, una gran admiración. Se trata de una serie de artículos que el novelista de la chua-

nería (¿lo habrá leído nuestro López Velarde?) dedicó a la publicación de las obras completas de Diderot, por los hermanos Garnier. Muchas indignaciones de beata y poca penetración.

Dice mí, pese a todo, muy querido Barbey, que han sido los alemanes, siguiendo el ejemplo de esa gorda suiza llamada Germaine, Madame de Staël, quienes han amantado a Diderot nutriéndolo como si fuese un gran filósofo. Lo del antigermanismo, lo entiendo, pues Barbey hace eco del resentimiento de todos los franceses, todavía no repuestos de la humillación prusiana en el mismísimo Salón de los Espejos de Versalles. Pero recordarle a la hija de Necker su gordura, me irrita. Continúa su pataleta Barbey diciendo que entre los grandes incrédulos del XVIII prefiere ver junto a Voltaire y a Rousseau al americano Franklin.

A Barbey, hipocritonamente pues él era un dandy o acaso por ello, le irrita, diría un antiguo, el carácter sanguíneo de Diderot, no en balde ídolo de otro desbalagado, Danton. Lo acusa, al padre de la *Enciclopedia*, de haber sido, a la vez, padre del romanticismo y de la bohemia, lo moteja como filósofo barato tan solo divulgador de Bacon. Concede el ultracatólico que al menos Voltaire y Rousseau, que odiaban a Dios tanto como Diderot, no se reían de él como ese desvergonzado culpable de “haber desnacionalizado el genio francés” y por ello compadre de Goethe, otra de las bestias negras de Barbey, a quien nada le dicen las novelas diderotianas (las preferidas del siglo XX) aunque se aplica en decir que, para aquellos ilustrados, la novela solo era un vehículo cómodo para traficar sus ideas perniciosas, ajenos “a la imparcialidad de la observación y la profundidad en el estudio de la naturaleza humana” propios de un género que el autor de *Contre Diderot* decía apreciar mucho. Finalmente, concluye Barbey, la correspondencia de Diderot con Sophie Volland, delicia del epistolario amoroso, solo prueba que ambos eran unos burgueses y que de gusto burgués todo lo infectó Diderot. Recuérdese, finalmente, que para Barbey lo burgués era lo urbano, lo vulgar, lo democrático, lo utilitario. En su deprecación, al final acierta pues Diderot fue el consentido de quienes profesaron el credo de Marx. **U**